



Decadencia. Vida y muerte del judeocristianismo

(Barcelona: Paidós. 2018)

GÉNESIS DEL ANTISEMITISMO

En las páginas que siguen, Michel Onfray propone una interpretación sobre el origen del antisemitismo, atribuyendo una especial responsabilidad a Pablo de Tarso y a la filosofía patrística. Esta última corresponde a la contribución de los primeros autores cristianos, luego llamados padres de la iglesia, considerados los primeros teólogos cristianos.

CAPÍTULO 1: NACIMIENTO. LA INVENCION DE UNA CIVILIZACIÓN

(Págs. 77-86)

Como cabe imaginar, no alcanza toda la vida para desenmarañar la madeja patrística en su conjunto. Demasiados nombres, demasiadas obras, debates, demasiados discursos. Sermones en abundancia, homilías en cantidad, cartas en profusión, epístolas a montones, tratados en gran número. Centenares de páginas ilegibles, incomprensibles, oscuras, abstrusas. Una lista interminable de nombres: desde Clemente de Roma o siglo VIII. Confusión, susceptibilidades, argucias, chicanas, sutilezas, sofisterías, retórica, procedimientos, disputas, bizantinismo, como luego se dirá... una marisma intelectual y filosófica que no termina de sorprender: tanta inteligencia puesta al servicio de tantas tonterías, tanta razón perdida, tantos debates vanos en los que el pensamiento delira, el juicio derrapa, el discernimiento desaparece, el entendimiento huye, el espíritu flaquea, la perspicacia muere, la reflexión agoniza. ¡Y todo esto por casi mil años! Algo que permite comprender que una parte de la filosofía occidental (la escolástica medieval y el idealismo alemán, la fenomenología germánica y la French Theory) haya estado contaminada por divagaciones semejantes.

En esta jungla patrística, uno puede seguir una cuestión a fin de ver cómo funciona esta máquina de fabricar la ideología y las verdades institucionales. La *cuestión judía*, para nombrarla con el vocabulario posterior, no carece de interés. Para que el judeocristianismo de *los orígenes* llegue a ser cristianismo histórico, le hace falta

hacerse antisemita. Este antisemitismo se encuentra ya en el Nuevo Testamento en la Epístola a los Tesalónicos de Pablo. Asimismo, existe un hipotético momento en el ascenso al Gólgota que da nacimiento al mito del judío errante.

Recordemos que Jesús es judío y que Pablo también. Los dos han sido circuncidados. Ambos enseñan que la verdad del judaísmo no está en la observancia de algunos de los ritos y costumbres, entre ellos la circuncisión, sino en la invención de ritos y costumbres para el futuro de todos. Jesús dice ser *la verdad advenida*, verdad que los judíos dicen que *vendrá*: uno que es el Profeta anunciado y venido, *los otros*, que *ese* Profeta aún está venir. El judeocristianismo es pues el nombre para una parte de los judíos, los que “creen en Cristo” como se dice. Podemos imaginar que tal profecía constituye una ofensa para los judíos creyentes y practicantes de la observancia estricta: los fariseos o saduceos, por ejemplo, que encontramos todo el tiempo en los Evangelios.

Esa ofensa puede explicar pues que, entre los judíos más fervientes o los más ofendidos, algunos hayan deseado la muerte de Jesús o la de Pablo: “Jesús no podía circular en Judea, escribe Juan en su Evangelio, porque los judíos quieren matarlo” (7, 1) y que, hablando de Pablo, podamos leer en los Hechos de los Apóstoles: “Al cabo de cierto tiempo, los judíos se concertaron para darle muerte” (9, 23). Antes de la crucifixión, Pilatos les pregunta a los judíos si quieren matar a Jesús; ellos le responden que no tienen derecho a hacerlo, pero que invitan a Pilatos a que lo haga. Solo entonces el prefecto romano redacta la pancarta “Jesús, rey de los judíos”, pero los judíos le hacen notar que Jesús no es su rey, sino que dice serlo y que, por lo tanto, no debe escribir lo que tenía previsto escribir. Cuando Pilatos advierte que se lava las manos por esa muerte que ellos reclaman, dice textualmente: “Inocente soy yo de la sangre de este justo. ¡Allá vosotros!”. Y todo el pueblo respondió: “Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos”. (Mateo 27, 24-25). Pablo, por su parte, informa: “Cinco veces he recibido de los judíos los treinta y nueve latigazos” (Segunda Epístola a los Corintios 11, 24). También, cuando está en la cárcel en Roma: “Queriendo quedar bien con los judíos, Félix dejó preso a Pablo” (Hechos 23, 26).

Cuando Jesús muere en la cruz, Pablo afirma claramente que los judíos han matado a Cristo: “Fueron esos judíos los que hicieron morir al Señor Jesús y a los profetas quienes nos han perseguido; ellos no agradan a Dios y son enemigos de todos los hombres” (Primera Epístola a los Tesalónicos 2, 15). Pueblo deicida, pueblo odiado por Dios y, sobre todo, pueblo enemigo de todos los hombres: como se dice hoy, los elementos del lenguaje del antisemitismo occidental ya se encuentran propuestos aquí. La Iglesia católica solo proscribió esa versión de los judíos vistos como pueblo deicida en 1962, bajo el papado de Juan XXIII, con el famoso Concilio Vaticano II. Mientras tanto, tuvimos 2000 años de antisemitismo cristiano y su terrible coronación mediante la Shoá.

A los textos neo testamentarios fundadores de este antisemitismo se agrega la interpretación de un extraño momento asociado a la historia de Jesús. Con frecuencia,

se hace referencia a una fuente evangélica para explicar que, en su ascenso al Gólgota, Jesús se detiene ante la tienda de un zapatero para descansar. El hombre lo echa y Jesús le responde: “Yo descansaré, pero tú deberás errar hasta mi regreso”. También se dice que Jesús se detuvo ante el palacio de Pilatos y que el guardia que lo conducía le dijo: “Anda, Jesús, date prisa. ¿Por qué te detienes?”, antes de darle un violento puñetazo en la cara. Jesús le habría respondido, variación sobre el mismo tema: “Sigo, pero tú tendrás que esperar hasta mi regreso”. Zapatero o guardia de Pilatos, los dos son judíos que rechazan a Cristo, uno de ellos muy violentamente. Por esas acciones serán malditos y condenados a errar hasta el retorno de Cristo a la tierra, en otras palabras, hasta el fin de los tiempos. El mito del judío errante, Ahasvero, tiene sus raíces en esta historia.

Los libros doctos remiten al Evangelio según Juan (21, 23). Ahora bien, quienes retoman esta información sin verificarla deberían observar el asunto más atentamente pues, en esa parte de los Evangelios, se habla de Pedro, a quien Jesús se le aparece después de la resurrección, pero no se cuenta esta anécdota. Esta historia no aparece en ningún otro Evangelio. Es una leyenda hasta tal punto legendaria que hasta su origen pretendidamente neo testamentario ¡es legendario! La leyenda aparece en los textos de Mateo de París, un monje benedictino inglés del siglo XIII. Recordemos que Esteban, primer mártir cristiano a quien Pablo, antes de convertirse, estuvo asociado, fue masacrado por los judíos. Hacía falta pues que los judíos, a los que Jesús había usurpado el advenimiento mesiánico, fueran culpables. La patrística construyó el dispositivo antisemita occidental.

(...)

Es larga la lista de Padres de la Iglesia que escribieron contra los judíos, presentados como responsables de la muerte de Jesús, de Cristo y de Dios, tres instancias que hacen una sola a pesar de las diferencias sobre las cuales se despedazan los obispos en los concilios: en el siglo IV, Gregorio Nacianceno, Gregorio de Nisa, Atanasio de Alejandría, Cirilo de Jerusalén, Dídimo de Alejandría, Basilio de Cesárea; en el siglo V, Asterio de Amasea, Epifanio de Salamina; en el siglo VI, León de Bizancio; en el siglo VII, Máximo el Confesor, Jorge de Pisidia; en el VIII, Juan Damasceno...

Juan, llamado Crisóstomo (344/349-407), también llamado “boca de oro” habría sido formado en la retórica por Libanio. En Antioquía, ciudad en la que nació, tuvo una juventud libertina: amaba la buena mesa, ir al teatro y asistir a los concursos de elocuencia jurídica. A los dieciocho años conoce a Melecio, después de ese encuentro, se hace bautizar. Después se hace ermitaño en Antioquía para consagrarse luego a la exégesis y a la teología. Más tarde, primero como diácono, después como sacerdote y predicador, escribe mucho, da conferencias muy populares a las que asiste un público numeroso. Lo nombran obispo de Constantinopla y adquiere fama de hombre rudo, austero y defensor del orden moral: echa a obispos, destituye a sacerdotes, envía de regreso al monasterio a los monjes mendicantes que habían abandonado la clausura. Come en soledad y rechaza toda ostentación. Impone su propia austeridad a quienes lo rodean, a sacerdotes y a otros dignatarios cristianos, a quienes reprocha que lleven

vidas que no se ajustan a las enseñanzas del Evangelio. Atiza los odios. La pareja imperial cuenta al principio con su favor, pero luego lo pierde. Está asociada a negocios que la desacreditan. Los obispos organizan un concilio contra él en la Villa de Chesme cerca de Calcedonia. Juan Crisóstomo pierde. Lo destituyen y lo condenan. La emperatriz tiene un aborto espontáneo y ve en ello un signo divino; hace regresar a Crisóstomo. En una homilía él compara a la princesa con Herodías; exiliado en Armenia, muere en 407.

Juan Crisóstomo escribió no menos de ocho sermones seguidos contra los judíos. En sus homilías puede leerse, por ejemplo: “La sinagoga es un mal lugar adonde afluye todo lo más depravado; es un lugar de cita prostitutas y para los afeminados. Los demonios habitan las almas de los judíos y los lugares en los que ellos se reúnen” (13). O bien esto para disuadir a los cristianos que todavía asisten a la sinagoga: “Y si alguien mata tu hijo, dime, ¿soportarías su mirada? ¿Lo escucharías si te hablara? ¿No huirías de él como de un demonio maligno, como del diablo mismo? Ellos mataron al hijo de tu Señor y tú ¿osarías entrar con ellos en el mismo lugar? Cuando aquel a quien ellos mataron te honró hasta el punto hacerte su hermano y su heredero. Y tú le haces la misma afrenta que sus asesinos que lo clavaron a la cruz, cuanto prácticas y observas sus fiestas, penetras en sus edificios impíos, cuando entras por sus pórticos impuros y compartes la mesa de los demonios. Así es como fui llevado a convocar al ayuno de los judíos después del asesinato de Dios”. Estima que los judíos solo sirven “para ser masacrados” (18); afirma que el deber de todo cristiano consiste en odiar a los judíos (19); declara que es un pecado tratarlos con respeto; él, por su parte, los trata de perros, de cerdos, de chivos, de animales salvajes; cita a Jeremías, que dice de ellos que son “sementales bien saciados; cada uno de ellos relinchando detrás de la mujer de su prójimo” (5, 8); les atribuye los vicios de los animales, voraces, tragones, lúbricos; inventa asimismo un topos antisemita, asociando a los judíos con vicios que serían característicos de ellos, “avaricia, rapiña, traición a los pobres, hurto, tráfico de mercaderes”; afirma que sus cultos son grotescos y ridículos y que son pretextos para emborracharse. Nadie se sorprende pues de que los nazis hayan citado abundantemente a Juan Crisóstomo para justificar su empresa antisemita frente a los cristianos. Ese Padre de la Iglesia, santo y doctor de la Iglesia católica, de la Iglesia ortodoxa y de la Iglesia copta cumple, en efecto, la función de una pieza esencial del dispositivo patrístico.

(...)

Con Constantino en el poder a comienzos del siglo IV, el antisemitismo de papel devino antisemitismo de Estado. El primero alimentó el segundo. Eusebio de Cesárea, su hagiógrafo, informa los menores actos y gestos del emperador para embellecerlos. En su *Carta de Constantino Augusto a las Iglesias sobre el Concilio de Nicea* con que comienza su *Vida de Constantino*, el emperador se expresa así respecto de los judíos: “Se ha juzgado que, para todas las Iglesias, no era en modo alguno conveniente celebrar la muy santa solemnidad de Pascuas siguiendo las costumbres de los judíos cuyas manos están manchadas por un crimen abominable... ¿Qué pueden saber

hombres que, después del asesinato del Señor y ese parricidio, ya no se conducen según la razón, sino que se dejan llevar por pulsiones irresistibles?”. Y luego: “Es importante que no tengamos nada en común con los parricidas que mataron al Señor”. Y también esto siempre informado por Eusebio: “El emperador prohibió a los judíos tener esclavos cristianos, pues no era justo que quienes habían sido redimidos por el Señor fueran colocados bajo el yugo de la servidumbre por quienes mataron a los profetas y al Señor”.

Al comienzo de su reinado, Constantino aún no era cristiano; en junio de 313, firma un edicto de tolerancia, el edicto de Milán, que permite a los judíos, pero también a cristianos y paganos practicar sus religiones sin problemas. Este edicto pone fin a las persecuciones que volverían desde mucho tiempo antes. En 321, dicta una ley que permite a los judíos quedar dispensados de manera vitalicia de nominación a la curia: esta nominación obligaba a rendir culto imperial y adorar a las divinidades tradicionales. En 323, con la muerte de Licinio, quien reinaba en el imperio de Oriente, Constantino queda como único emperador; desde entonces, se vuelve cristiano por oportunismo, pues había comprendido que esta ideología que afirma que todo poder procede de Dios resultaba políticamente rentable.

Bajo su reinado se lleva a cabo, no lejos de Granada, el Concilio de Elvira, en España. El cónclave reúne a 19 obispos, 26 sacerdotes, diáconos y al pueblo presente y clamoroso. A veces, como en el teatro o en los juegos del circo, el pueblo impone su voluntad abucheando o aplaudiendo, y fuerza así la mano episcopal; la Iglesia dice que, en esos momentos, está inspirada por el Espíritu Santo... olvidando que la aclamación popular tiene su propio y valioso peso y que la demagogia de los obispos en ocasiones, con frecuencia, permite obtener el apoyo de una claque costeada por ellos.

Este Concilio separa a los judíos de los cristianos: desde entonces, un judío no puede casarse con una cristiana, ídem, por supuesto, para una judía, que ya no puede contraer matrimonio con un cristiano; los cristianos ya no tienen derecho a entregar la gestión de sus bienes a los judíos; por lo tanto, ya no pueden comerciar entre sí; los judíos no pueden invitar a los cristianos a su mesa ni tienen derecho a compartir una comida en casa de un cristiano; los judíos pierden su derecho a alquilar el campo de los cristianos. Este mismo concilio provincial impone la abstinencia sexual a los curas, excomulga a las mujeres que se someten a un aborto y reserva el mismo tratamiento a los comediantes, a los actores y a la gente de circo. Nuevas variaciones sobre el tema del amor al prójimo.

Hacia 329, Constantino dicta una ley que amenaza de muerte en la hoguera a los judíos que lapidaran a otros judíos convertidos al cristianismo; en 335, se efectúa un recordatorio en este sentido, se prohíbe molestar a los judíos conversos; en 329 se reservaba un castigo semejante a quienes “se unieran a su secta impía y participaran de sus agrupaciones sediciosas”; en marzo de 336, una ley prohíbe a los amos judíos circuncidar a sus esclavos no judíos; en el caso de que lo hicieran, los esclavos pasarían a ser libertos. Se anula el edicto de Milán. En el Imperio, Constantino grava con

pesados impuestos a los no cristianos, entre ellos los judíos, y otorga increíbles privilegios fiscales a los cristianos ¡Podemos imaginar en qué medida contribuye la exención de impuestos a las conversiones masivas! Además, Constantino prohíbe la entrada de los judíos a Jerusalén, salvo el día en que conmemoran la destrucción del Templo; ese día pueden hacerlo, pero pagando un costoso tributo.

Luego se dictarán leyes que prohibirán a los judíos dejar herencias a sus hijos y nietos convertidos; les impondrán pesadas cargas sociales; le quitarán sus tribunales especiales que antes les permitían juzgar sus asuntos internos; les prohibirán ejercer la función pública; reglamentarán los detalles del *sabbat*; los obligarán a celebrar la Pascua después de que los cristianos hayan celebrado la suya. Justino les prohíbe recitar sus plegarias. Exiliados de Judea, los doctores judíos tienen vedado enseñar bajo pena de muerte. También se obliga a los judíos a cocer el pan el día del *sabbat*, día en el que su fe les prohíbe realizar toda actividad. Bajo el reinado de Teodosio se quemaron sinagogas.

El judeocristianismo llegó pues a ser cristiano haciéndose antisemita. Si aceptamos la idea de que desde la noche de los tiempos, una sociedad o una civilización se fundan siempre con un sacrificio que hace correr sangre, en el caso de la fundación de la civilización judeocristiana, por ende, cristiana, la sangre que corrió fue principalmente de los judíos. Jesús es judío, sus padres también lo son, Pablo es judío, también lo eran los discípulos de Cristo. De modo que hizo falta desviar el cuchillo que servía para la circuncisión hacia el pecho de sus semejantes para que la sangre judía regara la civilización cristiana en un baño que no ha cesado durante alrededor de dos milenios: desde San Agustín, que quiere condenarlos a errar y a ser humillados para mostrar el triunfo de la Iglesia sobre la Sinagoga, a Martín Heidegger, también él católico, que da rienda suelta a su antisemitismo en sus *Cuadernos negros*, el antisemitismo actuó en connivencia con el cristianismo.

¿Qué católico del siglo XX escribió lo siguiente?: “Su vida es solo de este mundo y su espíritu es tan profundamente extraño al verdadero cristianismo como lo era su carácter, hace dos mil años, al gran fundador de la nueva doctrina, quien, hay que reconocerlo, nunca mantuvo en secreto la opinión que tenía del pueblo judío y que hasta llegó a utilizar el látigo para echar a los mercaderes del Templo del Señor contra este adversario de toda humanidad, que entonces, como lo hizo siempre, no veía en la religión más que un medio de hacer negocios. Pero también por ello fue crucificado Cristo”. Lo escribió cierto Adolf Hitler en *Mi lucha*. El antisemitismo de los cristianos primitivos fue la condición que permitió el surgimiento de la civilización cristiana; el antisemitismo de los nazis, que no fueron anticristianos y por quienes el papa Pío XII sentía cierta debilidad, es uno de los signos del fin de esta civilización.